

Ruedo Ibérico justificó su nombre en Barcelona

Obtenido el pasaporte para regresar del exilio, Ruedo Ibérico, la editorial de los libros debajo del asiento del coche o mezclados en la maleta con la ropa sucia —sistema de distribución en España bajo el franquismo, que no le impidió tiradas de cincuenta mil ejemplares—, ha elegido Barcelona para vivir la transición democrática y lo que venga.

A excepción de la "Operación Ogro", que en cualquier caso tampoco puede ponerse a la venta en Francia, todos los títulos existentes —y dos más, "Ruidos" y "La actualidad del anarquismo", que se presentaron para celebrarlo— estarán a la venta en España, están ya, a partir de la central instalada en la barcelonesa calle Zaragoza, número 16.

La presentación en la galería Maeght en una reciente noche de primavera tuvo la virtud de justificar el nombre de la editorial a partir de las personas que acudieron. Observen si no un extracto de la lista de asistentes que se sorprendieron los unos a los otros: desde los compañeros de Puig Antich, ya amnistiados (Santi Soler Amigó y el último en salir, Josep Lluís Pons Llobet), hasta una representación importante del autodenominado Comité Central de Por Favor (Juan Marsé, Nuria Pompeia y Maruja Torres y Bach, como miembros cooptados); desde Eliseo Bayo, que tanto sabe de cárceles, al presidente



José Martínez.

de la Generalitat, Josep Tarradellas, y su esposa, Antonia Maciá, que tanto saben de exilio; desde sociólogos ecologistas y aragonesistas, como Mario Gaviria, a la plana mayor del equipo de Tarradellas, que tanto saben de catalanismo (Rahola, Bricall, Sureda, etcétera); desde historiadores psuqueros, como Borja de Riquer, y dirigentes del PSC, como Pasqual Maragall, nieto del poeta que tantas citas le tomaran prestadas autoridades de visita en Barcelona, hasta los que hacen Ajoblanco y se supone que pasan de elecciones municipales; desde Ramón Chao, que no vino expresamente desde París, pero estaba allí, al pintor Tapias, acompañado por el senador Portabella, o viceversa. Y así sucesivamente, hasta completar una "melée" que no podía denominarse más que como un simple ruedo ibérico. Bien venidos y que sea para siempre.

po el propio Cortázar decía en nuestra propia televisión que había dejado momentáneamente de escribir por culpa de los gorilas que gobiernan su país.

Como dice en sus versos Humberto Costantini: "A lo mejor está en la pampa y es graznido. / A lo mejor está en la calle y es el viento. / A lo mejor es una fiebre que no cura. / A lo mejor es rebelión y está

Julio Cortázar.



vinriendo". Y también Matilde Herrera, poetisa que prácticamente tiene a toda su familia desaparecida o muerta y ella vive en el exilio: "Dormite mi chiquita / dormite ya, / que papá no sabemos / cuándo vendrá. / Papá se fue con ellos, / los asesinos. / Quince para llevarle, / las dos los vimos. / Dormite mi nenita / vamos a descansar. / Papá es más fuerte que ellos / no lo van a quebrar. / Pueden asesinarlo / y será un mártir más. / Lo que no podrán nunca / es callar su verdad. / Dormite mi negrita, / vas a crecer. / Y cuando llegue el día, / papá estará a tu lado / para vencer".

Para vencer. Y vencer también a través de la pluma. Todavía está por negarse el poder que como arma tiene la literatura. Al menos cuando es de una gran calidad, como en este caso. La poesía comprometida no está reñida con el más alto nivel artístico, sino que por el contrario lo será en la medida en que posea esa calidad.

Curiosamente, el libro fue presentado en Madrid, a la vez que por Andrés Sorel, por Gustavo Roca, miembro de la CADHU, como expresión de ese

entrelazamiento de poesía y revolución.

El libro, en fin, rezuma pueblo, rebeldía, pena, amor..., todo lo que el poeta da cuando lo da todo; y ese es el caso de los poetas argentinos de esta, en realidad muy breve, antología de poemas. Un saludo solidario a los que, cuanto más terribles se vuelven las condiciones de existencia, se revuelven, en la medida en que pueden contra esos poderes negros. Un abrazo a los que día a día combaten en el interior del país. ■ VICTOR CLAUDIN.

"El teatro durante la guerra civil española"

El hispanista que mejor ha estudiado el teatro hecho en la zona republicana durante los años de nuestra guerra civil ha sido, sin duda, el francés Robert Marrast, catedrático de literatura española en la Universidad de París. Concienzadamente,

ha repasado las publicaciones, a menudo de aparición irregular, sujetas a los dramáticos avatares de la época, buscando en ellas cuantas referencias y trabajos tuvieran que ver con la actividad escénica, ordenando el riquísimo material recogido bajo el título general de "El teatro durante la guerra civil española", cuya versión catalana —"El teatro duran la guerra civil espanyola"— acaba de editar el Instituto del Teatro de Barcelona.

El informado ensayo de Marrast —cuyo título quizá no deja de ser algo equívoco, puesto que parece referirse a "todo" el teatro de la guerra y no, como sucede en realidad, al de uno solo de los campos— atiende a dos líneas preferentes. Una, especialmente centrada en la información de los espectáculos que poblaron las carteleras de Madrid, Barcelona, Valencia y las distintas zonas que estuvieron bajo control republicano, explicando al paso la intervención de los sindicatos —especialmente la UGT y la CNT, como es lógico— y las sucesivas disposiciones gubernamentales encaminadas a ordenar, con todas las previsibles tensiones, la vida teatral. Otra, de carácter más crítico, atenta a valorar las obras e intentos que se esforzaron en poner el escenario al nivel de las circunstancias.

Este último punto es enormemente importante y debiera aclarar algunas de las confusiones que aún hoy existen entre nosotros a la hora de relacionar el teatro y la política.

Se libraba una guerra civil, asumida por las fuerzas del Frente Popular como una vía revolucionaria. Parecía, pues, que la realidad histórica debía afectar profundamente a la realidad escénica. Estaba en juego el planteamiento de una cultura revolucionaria que, en lo que al teatro se refiere, debía enfrentarse con una tradición profundamente conservadora. De ahí la diversidad de los intentos y el sentido último de las Guerrillas del Teatro, que no sólo respondían a la necesidad de poder trabajar en cualquier espacio —en fábricas, calles, sindicatos, al aire libre—, sino también a la de combatir, con las llamadas "piezas de urgencia", a menudo dramáticamente muy discutibles, pero siempre llenas de "voluntad transformadora", el viejo teatro vuelto de espaldas, incluso en tan trágicas circunstancias, a la vida de la mayoría.

Los juicios al respecto recogidos por Marrast son numerosos y contundentes. Así, el de Aub: "Lo curioso es que, en general, no se ha buscado la dignificación del repertorio en nombre